



La vida en un cortijo

El texto, tan descriptivo y sugerente, de Juan López “Juanele”, me ha hecho recordar cómo era la vida en un cortijo en los años 40 y 50 del pasado siglo. Mi perspectiva es inevitablemente parcial. Yo era el hijo del “señorito”, y nuestro cortijo era de tipo medio, con poco campo que atender. No obstante, conservo algunos recuerdos que pueden resultar instructivos para los más jóvenes que lean estas líneas.

En la actualidad no sabemos sacar partido nada más que a lo que se compra, pero la vida en el campo, muy dura en aquellos años y sin nada que adquirir con dinero, nos llenaba de experiencias gratuitas que nos siguen sirviendo a lo largo de la vida. Recuerdo, por ejemplo, que mis padres me construyeron un nacimiento en Navidad con figuras de trapo, entre ellas una muñolera cuya cara era un garbanzo y que ofrecía jeringos de verdad, y una Feria del Valle con noria y caballitos hechos con pajitas de cebada. Con este último material mis padres se entretenían en formar marcos para láminas y conseguir así cuadros muy atractivos. Esto ahora apenas se concibe.

Nuestro cortijo de la Cañada de los Pinos estaba algo alejado de los pueblos. Los núcleos más cercanos eran la aldea de Las Navas y Monturque, a unos cinco kilómetros, y Lucena se encontraba a casi diez, unas dos horas de camino. Estaba rodeado por otros cortijos con los que formaba una comunidad de ayuda mutua y compañía: Las Atalayas Alta y Baja, Los Pozos de Ramírez y Cárdenas, más unas cuantas casillas de menor importancia. Este aislamiento hacía que la vida en él fuera absolutamente rural, diferenciada totalmente de las costumbres del pueblo.

Como todos los cortijos, el edificio, antiguo molino, estaba dividido en varias partes, según su uso. La parte de vivienda, muy sencilla, con suelos de empedrado y yeso, era compartida por los “señoritos” (mi familia) y los caseros, y no sólo por su ubicación cercana, sino también por el estilo espartano que tenían ambas dependencias. Junto a la vivienda se situaba el antiguo molino, las bodegas y los graneros, con una gran puerta que daba al patio principal, enorme, al que se abrían los almacenes de aperos, corrales, lagaretas de los cerdos, las cuadras y la vivienda del personal que trabajaba de forma ocasional en el cortijo. Estos asalariados dormían en el cortijo sólo en los tiempos de recogida de aceituna, siembra, escarda y siega. El resto del año sólo lo habitaban el casero y su familia.

La mayoría de los suministros venían de Lucena. Así, el casero viajaba al pueblo unas dos veces por semana para traer el pan, las patatas, legumbres y verduras y lo que se necesitara en cada ocasión. Guardábamos el pan en tinajas, y estábamos acostumbrados a su dureza progresiva, pero con aceite nos sabía a gloria. El resto de alimentos lo proporcionaban los cerdos, las

gallinas y los pavos, tanto en carne como en huevos. Se solía tener también una o dos cabras para la leche de los niños. También se probaba el pescado, que lo traía una mujer de Lucena, caminante diaria por sendas y veredas para vendernos un alimento que había salido de Lucena seis o siete horas antes (éramos de los últimos de la ruta). Nunca nos intoxicamos.

Nadie se aburría en el cortijo. Durante el día se trabajaba de sol a sol, y durante la noche, recogido el ganado y los aperos, nos mezclábamos todos junto al fuego, para contar historias, o rellenar los ejercicios de lectura y cuentas, y no sólo los niños, sino, como cuenta Juan, los jóvenes de quince o dieciséis años, que aprendieron a leer gracias al empeño de mis padres. Cuando había aceituneros o segadores se bailaba el “zángano” al ritmo insistente que las manos del poeta sacaban con maestría de su guitarra. También presencié algunas bromas pesadas, casi siempre con temas de muertos y fantasmas, como aquel día que bajó chimenea abajo un horrible espantajo construido por mi padre y arrojado con habilidad por el casero. Terminada la convivencia, cada uno cogía el candil o el velón y se iba a su dormitorio. Sus luces oscilantes en la oscuridad, junto con la impresión de los cuentos de miedo, nos llenaban las paredes de fantasmas. Era fácil dejarse llevar por el miedo a la oscuridad. Por eso, a veces mi padre nos retaba, con el premio de una peseta, a ir de noche a la era o dar una vuelta completa al cortijo. Teníamos que traer algo que lo certificara, y nos entregaba el dinero con solemnidad. Recuerdo que siempre lo conseguí, aunque caminando muerto de miedo. Una peseta era entonces mucho dinero para un niño.

Las visitas eran siempre una novedad. La pareja de la Guardia Civil era la más frecuente. Se sentaban en el poyete, dejando sus armas contra la pared, departían un rato con nosotros, aceptaban un poco de agua y seguían la senda adelante en monótona compañía. También podían venir familiares invitados, montados en los mulos y con sus regalitos preparados para los niños, y casi todos los días, gente de cortijos cercanos, que se detenían un rato al pasar por la puerta. Recuerdo también a los buhoneros, que de cuando en cuando aparecían vendiendo telas, hilos, pequeños juguetes y chucherías. Desgraciadamente, en aquellos tiempos de escasez también podían visitarnos los ladrones nocturnos, e incluso una vez hubo rumores de la existencia de “maquis”. Por las noches los ruidos se perciben mejor, y causaba un poco de inquietud el oír los ladridos de los perros de cortijos cercanos, cada vez más próximos, que indicaban el paso de alguien, que nunca sabíamos si era gente de paz o no. Mi padre, si regresaba de noche, nos avisaba con un silbido personal que nos llenaba de alegría. Con su compañía se desvanecían todas las inquietudes.